

El ocio en el pensamiento social brasileño

Leisure in Brazilian Social Thought

Cleber Dias¹

Resumen

La acción política en el tiempo libre es guiada por convicciones teóricas e ideológicas. En este sentido, la aparición histórica de una visión del mundo que ve el trabajo y el no-trabajo como dos dimensiones separadas de la vida es crucial para el surgimiento de una economía moral que valora el trabajo productivo, al mismo tiempo que condena la ociosidad improductiva. En Brasil, esos puntos de vista fueron una de las principales condiciones de posibilidad para guiar los esfuerzos en regular los modos de disfrutar el ocio y el tiempo libre de la población. Desde finales del siglo XVIII, parte de las elites letradas brasileñas, influidas por ideas europeas, se dedicó a tratar de convencer a las autoridades políticas sobre la necesidad y la importancia de la supresión de una serie de diversiones de la población, evaluadas como ilícitas. En paralelo, la misma elite se ocupó también en fomentar ideales del trabajo, considerados como necesarios. Con el tiempo, estas creencias se han extendido y han ganado

el apoyo institucional, incluso de la burocracia estatal, que luego estaría empeñada en realizar y diseminar, de manera más o menos general, esta estructura de sentimiento. El objetivo de este estudio es reconstruir, de una manera panorámica, este proceso de desarrollo histórico en Brasil.

Palabras clave: ocio, historia, Brasil, trabajo, pensamiento social.

Abstract

Political activity in leisure time is guided by theoretical and ideological convictions. In this sense, the historical emergence of a world view that sees the work and non-work as two separate dimensions of life is crucial for the emergence of a moral economy that values productive work, while condemning idleness unproductive. In Brazil, these views were one of the main conditions of possibility to guide efforts to regulate the ways to enjoy the leisure and recreation of the population. From the late eighteenth century,

Recepción: 30-09-2012 / Modificación: 27-10-2012 / Aceptación: 13-11-2012

Este artículo es producto de una investigación sobre la historia del ocio en la naturaleza en Brasil, desarrollado para obtener el título de Doctor en la Universidade Estadual de Campinas.

¹ Docente-investigador de la Universidade Federal de Goiás. Doctor por la Universidade Estadual de Campinas. Autor de libros y artículos especializados sobre ocio y deporte. cag.dias@bol.com.br

Cómo citar este artículo: Dias, C. (2012). El ocio en el pensamiento social brasileño. En *Revista educación física y deporte*, 31 (2), 963-972.

literate Brazilian elites influenced by European ideas, devoted to trying to convince political authorities about the need and importance of the removal of a number of diversions of the population, evaluated as illicit. At the same time, the same elite also focused on promoting work ideals, considered necessary. Over time, these beliefs have spread and gained institutional support, including from the state bureaucracy, which then would be determined to make and disseminate, in a more or less general, this structure of feeling. The objective of this study is to reconstruct a panoramic way, this historical development process in Brazil.

Keywords: Leisure, History, Brazil, Work, Social Thought.

Introducción

Tradicionalmente, el ocio ha sido abordado desde la academia como un fenómeno social de la modernidad. Desde la consolidación de un campo de estudios especializados sobre el tema, se estableció la noción de que “el ocio tiene rasgos específicos, característicos de la civilización nacida de la Revolución Industrial”, según la famosa frase de Dumazedier (1999, p.26). En estos términos, se argumenta que una discontinuidad fundamental entre el ocio moderno y el entretenimiento premoderno sería la principal responsable de las características sociológicas del ocio.

Las discusiones teóricas y conceptuales sobre el ocio, conformadas, sobre todo, desde las formulaciones de la “Sociología del Ocio”, han sido muy influyentes en los marcos del campo en estos términos. Léa Perez (2009) hace una interesante reflexión sobre las posibles razones para la preponderancia de la Sociología a expensas de otras disciplinas de las Ciencias Sociales en la conformación de una especialidad académica dedicada al ocio. Los debates sobre el ocio, en concreto, son prácticamente inexistentes en disciplinas como la antropología. Por otra parte, en Sociología no solo existe una especialidad dedicada a este tema, sino que esta tiene cierto prestigio internacional. La situación, de acuerdo con los argumentos de Pérez, tendría relación con

los propios “marcos epistémicos del mundo occidental moderno”, responsables de la instauración de la oposición entre trabajo y ocio. Según ella, “la noción de trabajo no es solo una invención reciente en la historia humana, sino que está genéticamente asociada a un tipo específico de civilización que es la modernidad occidental” (p. 4). Esta característica cultural del Occidente moderno sería, entonces, un importante contribuyente a la presencia de una reflexión sistemática sobre el ocio en ciertas disciplinas de las Ciencias Sociales, y su ausencia en otras, ya que la Sociología, tradicionalmente, se ha ocupado del estudio de las sociedades modernas, mientras la Antropología, en cambio, viene definiéndose por el estudio de las “sociedades tradicionales”, donde los sistemas de clasificación de la modernidad occidental no necesariamente operan. Lo mismo podría quizá decirse con respecto a la Historia, ocupada, en muchos casos, en la investigación de las sociedades premodernas.

Pero, ¿a partir de qué momento exactamente un estudio histórico sobre prácticas de entretenimiento no se hace desde el ocio, sino desde otras categorías conceptuales tales como “fiesta” y “diversiones”, por ejemplo? Algunas pesquisas han venido cuestionando la demarcación cronológica tradicionalmente adoptada para la indicación de la emergencia histórica del ocio en sus especificidades. Peter Burke (1995), por ejemplo, es uno de los que ya cuestionaron la hipótesis de que habría “una discontinuidad fundamental o una gran división entre las sociedades industriales y preindustriales”. Este autor, en realidad cuestiona la idea misma de que el ocio moderno no existiera en las sociedades preindustriales. Según él, “la tesis de la discontinuidad no es satisfactoria”, porque “reduce grandes variedades de prácticas e ideas a fórmulas simplistas”, como “festivales medievales” o “ferias populares”. De otra forma, él rescata una serie de episodios que demuestran la existencia del ocio antes de 1850, que identifica como el período en que se concentran la mayoría de las investigaciones históricas sobre el asunto. En ese sentido, cita libros, guías, pinturas y tratados que se multiplicaron a partir del siglo XVI, evidenciando una considerable preocupación por la recreación y la ocupación del tiempo libre. De acuerdo con Burke, a partir

de esa época es posible identificar fenómenos sociales a través del concepto de ocio.

Julie Hardwick (2008), en esa dirección, refiriéndose a la Francia del siglo XVIII, llamó la atención sobre el hecho de que muchos jóvenes trabajadores solteros de aquella época trabajaran fuera de sus casas. Tal situación, según sus conclusiones, creaba más oportunidades de interacciones sociales en el espacio público, construyendo, así, parámetros de sociabilidad distintos de aquellos del mundo del trabajo. Las actividades de ocio de esos jóvenes franceses del siglo XVIII, sin embargo, eran claramente marcadas por rupturas con el mundo del trabajo:

El concepto de ocio puede parecer un fenómeno moderno y seguramente muchos de los diversos pasatiempos comercializados que nosotros asociamos con su práctica contemporánea eran desconocidos ya en décadas pasadas. Sin embargo, el uso del término 'ocio' se inició en siglos medievales tardíos, y hace 500 años ya tuvo las mismas connotaciones conceptuales que hoy día: tiempo libre del trabajo o de otras obligaciones para llevar a cabo actividades de elección personal (Harwick, 2008, p. 466).

De manera tal vez más radical, Joan-Lluís Marfany (1997) afirmará que aquellos que creen poder localizar el punto de ruptura que produce una abrupta distinción entre el ocio moderno y el entretenimiento premoderno, lo hacen tan solo porque están “engañados por impresiones bastante superficiales”. De otro lado, menciona una serie de entretenimientos medievales, como la caza en Valencia, alrededor de los años 1340, las danzas, en la Cataluña de 1470, la música en Siena, más o menos en 1313, así como una abundante legislación de la época que pretendía prohibir diversos entretenimientos, “indicando que ellos eran practicados asiduamente”. Su conclusión, al final, es la de que “esas personas [las de la Edad Media] conocieron lo que nosotros llamamos ahora ocio”.

En América Latina, establecer un diálogo crítico con las formulaciones que relacionan ocio y modernidad, problematizando la distinción entre “ocio moderno” y “entretenimiento premoderno”

parece particularmente necesario, pues imágenes y representaciones latinoamericanas sobre sí misma manifiestan, en numerosas ocasiones, una nítida sensación de incompletitud. No por acaso, el esfuerzo por comprender la naturaleza de la modernidad, o su incompletitud, ha sido frecuentemente identificado como uno de los principales dilemas intelectuales de muchos países latinoamericanos (Para el ejemplo de Brasil, ver Tavolaro, 2005).

En el pensamiento social latinoamericano, reflexiones sobre la constitución histórica de la modernidad o de las prácticas modernas, incluyendo el ocio, han sido caracterizadas por la presuposición de que el centro y la periferia se encuentran en situación de oposición, ocupando polos antagónicos en el ámbito del sistema internacional de producción (Carvalho Franco, 1976; Bosì, 1992). En ese contexto, se ha creado un ideario que se propone ver en Europa la fuente de todas las ideas y prácticas ligadas a los intentos de modernización latinoamericana, subestimando, de cierto modo, el protagonismo de agentes locales para este proceso. En la construcción de una modernidad latinoamericana, sin embargo, Europa no necesariamente fue el centro productor, tampoco sus colonias fueron tan solo su producto. La modernidad, de modo general y en sí misma, ya es el resultado de un encuentro de culturas (Goody, 2008; Wolf, 2009).

En el ámbito del ocio, las implicaciones de tales formas de pensamiento se manifiestan en la tendencia de algunos estudios, de concentrarse más en la identificación de lo que haría falta a las prácticas de ocio en América Latina para constituirse plenamente como tales. Estudios así toman arbitrariamente los patrones de Europa como norma. En esos términos, solo tendríamos ocio en América Latina en la medida en que nuestras prácticas de entretenimiento se tornasen semejantes a las prácticas de la modernidad europea. De ese modo, el estudio histórico del ocio latinoamericano se define por medio de sus presuntas ausencias. En lugar de observar lo que existe y cómo ocurrió la manifestación práctica de ese ocio, se apunta hacia aquello que él no posee. Las prácticas de ocio en América Latina, así, aparecen siempre como “retrasadas”, en que

todo el proceso se daría más tarde, de manera incompleta, por hacerse.

El problema, sin embargo, no es tanto el afirmar que el ocio es un fenómeno social moderno, sino el de especificar en qué medida exactamente lo es (Dias, 2009). En ese sentido, el propósito de este trabajo es presentar un estudio sobre la presencia histórica del ocio en el pensamiento social brasileño, como un ejemplo para ilustrar la manera por medio de la cual todo el ideario y la economía moral inscritos en la órbita de este fenómeno se constituyeron. Por pensamiento social quiero decir una tradición intelectual capaz de organizar, de manera sistemática, un conjunto de saberes, símbolos y valores. De manera articulada, todo eso se convierte, o puede convertirse, en recursos culturales y políticos para un intento de transformación de la realidad, deliberadamente o no (Schwarcaz; Botelho, 2011). Y fue exactamente lo que ocurrió con relación al ocio en Brasil, al menos desde finales del siglo XVIII.

Mi argumento, en otras palabras, es que se puede localizar la ocurrencia histórica del ocio en la agenda de preocupaciones políticas de la elite brasileña desde esa época. A partir de entonces existe un proceso de construcción social del ocio, como prescrito en sus definiciones conceptuales clásicas, aunque no del mismo modo y en los mismos términos que los que había en otras regiones (para más detalles, ver Dias, 2010).

Etimología, mentalidad y contexto

En el diccionario de Raphael Bluteau (escrito entre 1712 y 1728), la palabra “ocio” aparece como un término del vulgo, que quería decir “tiempo” o “vagar”, en el sentido de “andar vagando”, “sin domicilio, vagabundo”. Conjugado como verbo en infinitivo, el término significaba “mendigar”, “irse a la aventura peregrinando”. “Ocio” aparece definido como “descanso, tiempo quieto, espacio de tiempo en que dejamos de obrar, o trabajar”. El trabajo, en contrapartida, se presenta como “ejercicio, negación del ocio” (Bluteau, 1789).

Cada uno de esos términos edifica una gradación de valores próxima a la que conocemos actualmente por medio de la contraposición

entre trabajo y ocio, sea cual sea la perspectiva y el deseo por un tiempo de trabajo socialmente demarcado, que se cree moralmente digno, en contraste con un tiempo ocioso. Así, el ocio, para Bluteau, era “el origen de todos los vicios, fomento de todos los desórdenes, herrumbre que consume el vigor del ánimo, polilla que roe la robustez del cuerpo, letargo moral de los seres que viven, insensible ruina de los Reinos”. “Ociosidad” aparecía, entonces, como “el vicio de quien pierde y gasta tiempo inútilmente, el telar donde se tejen todas las ruindades y el precipicio de todos los malos”.

El trabajo, por su parte, es presentado como fuente de virtud y vehículo para la beatificación, algo enteramente dotado de positividad. En las palabras de Bluteau, “nació el hombre para trabajar como el ave para volar. Incluso en el Paraíso Terrestre y en el estado de la inocencia estaba Adán obligado a trabajar”. Condenando el “ocio inútil” y los “entretenimientos ilícitos”, la conclusión de Bluteau es de que “la virtud consiste en la acción y en la virtud consiste nuestra felicidad, la agitación y el movimiento vinculados a la acción son más aptos para beatificarnos que el descanso y el ocio”.

Lo que se ve ahí es la construcción de elementos valorativos para el trabajo y para el no trabajo, que expresan una estructura de sentimientos que identifican un espacio de diferencia entre el tiempo de trabajo y de no trabajo, en lo que algunas teorías del ocio llamarían de “artificialización del tiempo de trabajo” (Melo, 2010).

El Reformismo ilustrado luso-brasileño, iniciado en Portugal y capitaneado por Marques de Pombal a partir de la década de 1750, cuando era Secretario de Estado del Reino en el gobierno del rey D. José I, procuró, literalmente, modernizar la Corona y sus dominios por medio de una amplia reforma político-administrativa basada en el pensamiento iluminista. Persistencias del pasado feudal pasaron a ser acusadas por la decadencia y el retraso económico de Portugal en relación con la Europa de las Luces. La Corona reorientó, entonces, los modos de ocupación y exploración de sus colonias, creó nuevas villas, pueblos y parroquias; eligió jueces; instaló ingenieros,

nombró defensores del Pueblo; para demarcar mejor las fronteras e incentivó actividades económicas como la agricultura y el comercio.

A partir de esa época, administradores portugueses o estudiantes brasileños egresados de la recién reformada Universidad de Coimbra empezaron a propagar concepciones de mundo resultantes de un ambiente intelectual marcado por ideales de progreso y eficacia. Esa nueva elite ilustrada se ocupó de la redefinición de técnicas de producción y de la difusión de nuevos valores sociales, entre los cuales estaba la desaprobación del ocio y la valoración del trabajo. D. Luís Antônio de Souza Botelho Mourão, el Morgado de Mateus, gobernador de São Paulo, decía emblemáticamente, alrededor de 1770, que dos vicios dominaban el pueblo y eran responsables por su pobreza: la presunción y la pereza (Flexor, 2007). D. Luis de Vasconcellos e Souza, vice-rey de Brasil entre 1778 y 1790, abogaba en su informe al Conde de Resende, su sucesor, la promoción del trabajo para retirar los callejeros de la ociosidad (Vasconcellos de Souza, 1860). Baltazar da Silva Lisboa, recién egresado de la Universidad de Coimbra, abogaba, a finales de la década de 1780, que los negros esclavizados deberían recibir días de la semana para trabajar por su propio sustento, en lugar de pasar el domingo “borrachos y nutriendo los vicios de su natural flojedad” (Lisboa, 1786). En la misma época, José Vieira Couto, otro egresado de Coimbra, recomendaba para la actualización de la minería, la abolición de los días festivos y días santos, según él, único medio capaz de incentivar una ética de trabajo continuo (Couto, 1848; Couto, 1994 [1801]). Por los años de 1820 y 1830, claramente dentro del mismo *continuum* argumentativo, Marechal Arouche de Toledo Rendon, militar, abogado, político y primer director de la Facultad de Derecho del Largo de San Francisco, en São Paulo, afirmaba que “la vagancia por sí sola es un crimen público de los más perjudiciales al Estado” (Flexor, 2007), mientras Antônio Muniz de Souza criticaba el relajamiento de las costumbres y condenaba bailes, fiestas y abuso de bebidas, afirmando que “la ociosidad en Brasil es el tronco de todos los vicios” (Souza, 2000).

El papel de las acciones del Estado

El Estado portugués inauguró nuevas formas de interdicción del comportamiento lúdico en la Colonia —algo enteramente articulado con la intención de promoción del trabajo con un valor en sí mismo. Juegos de aros, bailes pastoriles, danzas y toradas, si bien ya existían antes, pasaron por profundas alteraciones a partir de los últimos quince años del siglo XVIII, intentando controlar y estandarizar racionalmente esos divertimientos. La Corona Portuguesa también pasó a invertir en la divulgación de reglas de conducta y civilidad por medio de la promoción de fiestas públicas. Desfiles de carros alegóricos, por ejemplo, funcionaban como soporte para la divulgación de nuevas concepciones morales. También se han producido y distribuido publicaciones destinadas a orientar el modo de realización de las fiestas: reflejo del empeño del poder oficial en modificar códigos culturales e imponer un determinado proceso civilizatorio (Del Priore, 2000).

Tales iniciativas pretendían, explícitamente, disipar el “contenido de desorden de las bailes de negro”, perseguir las “libaciones de carácter”, impedir “juegos profanos y cantigas deshonestas”, advertir “batuques contrarios a la tranquilidad pública”, interrumpir el contagio de las “escandalosas relajaciones” y acabar con el “contenido de desorden” de las costumbres populares (Del Priore, 2000, *passim*).

El aumento de las iniciativas en ese sentido muestra que a partir del final del siglo XVIII crecía el interés por intentar controlar con nuevas intenciones los divertimientos de la población. Empezaban a aparecer iniciativas formales y sistemáticas para la reglamentación de los entretenimientos, en lo que podríamos llamar los primeros esfuerzos para la creación de espacios y predisposiciones destinadas a la ocupación del tiempo libre de manera estructurada y codificada, de acuerdo con una determinada escala de valores, que desde entonces serán los valores que orientarán los comportamientos lúdicos en el sentido de intentar transformarlos en ocio.

En 1802, mientras ejercía el cargo de Defensor General de Crímenes, Paulo Fernandes Viana tenía como parte de sus atribuciones oficiales inspeccionar el teatro de Río de Janeiro (que funcionaba desde 1778, con el nombre de Teatrillo de la Calle de los Arcos), a fin de evitar que se representasen piezas que ofendieran la religión y las buenas costumbres (Carvalho, 2008). Antônio Luiz de Brito Aragão e Vasconcelos, por su parte, en sus *Memórias sobre o estabelecimento do Império do Brasil*, en que tejía consideraciones sobre medidas para mejorar la administración pública de Brasil, trataba como algo necesario la prohibición de “todos los divertimientos que no tengan un fin honesto, los juegos nocturnos, principalmente aquellos que las leyes prohíben y los denominados de carnaval, que además de ser un entretenimiento bárbaro e indigno de toda nación civilizada, son una puerta franca para toda calidad de desórdenes” (Vasconcelos, 1931).

La ley número 15, de 26 de junio de 1808, que relacionaba los cargos de la Secretaria de Policía, prescribía como atribución del 1^{er} Oficial Mayor la fiscalización de teatros y entretenimiento público, así como la emisión de cartas de licencia para tabernas, albergues, posadas, casas de juego y de paso. La fiscalización y la emisión de cartas de licencia para esos establecimientos ya respondían por un porcentaje considerable del presupuesto de la Intendencia de Policía en 1808. En el mismo sentido, el edicto número 7 de la Policía de la Corte, fechado en mayo de 1808, determinaba que todas las ventas, casas de juegos y tabernas deberían cerrarse a las diez horas de la noche, a forma de evitar el “acopio de ociosos y también de esclavos, que faltando al servicio de sus señores, se corrompen unos a los otros y dan ocasión a delitos que se deben prevenir” (Carvalho, 2008).

Transformaciones materiales

Desde mediados del siglo XVIII, Río de Janeiro ya vivía bajo agudos impulsos de desarrollo. La elevación de la ciudad a la condición de sede del Vice-Reinado, en 1763, inauguró un nuevo circuito mercantil con la circulación de capitales provenientes del control fiscal sobre la minería de Minas Gerais y de la centralización del rentable

tráfico negrero, para no mencionar las nuevas actividades agrícolas.

Como reflejo de esas transformaciones, a lo largo de todo el siglo XVIII, la población de la ciudad se triplicó, pasando de 12 mil habitantes, en 1702, a más de 43 mil en 1799. Río de Janeiro se tornó punto bastante frecuentado por barcos extranjeros, intensificando así el contacto con productos y mercancías, pero también con personas, concepciones y modos de vida de otros países. Viajeros del fin del siglo XVIII ya relataban, en esa época, la presencia de barcos de bandera inglesa, española, francesa y holandesa en la barra de Río de Janeiro, pese a las prohibiciones legales a la presencia extranjera impuesta por la Metrópolis. El contrabando y el comercio ilegal se tornaron entonces cosa cotidiana (Freyre, 2000). A finales del siglo XVIII, bebidas como la cerveza inglesa, cuya venta era prohibida en Brasil, ya tenía gran prestigio entre parte de la elite local, según relatan varios viajeros extranjeros.

Por caminos oficiales u oficiosos, antes de 1808, fecha de la apertura oficial de los puertos brasileños a las naciones amigas, extranjeros visitaban o incluso se establecían provisoriamente en Brasil. Samuel Holmes, por ejemplo, soldado de la guardia privada del lord inglés Georges Macartney, que en 1792 fue enviado para China a fin de establecer relaciones diplomáticas, pasando por Río de Janeiro el 30 de noviembre de aquel año, permaneció poco más de quince días en la ciudad. Al fin de su corta permanencia en la ciudad, concluye, en tanto enigmáticamente, que “el viajero que esté dispuesto a *caminar por ciertos caminos* y gastar algún dinero, consigue divertirse en Río de Janeiro” (Holmes, 2000).

En 1808, debido a la transferencia de la Corte para Río de Janeiro, la dinámica de desarrollo urbano en esta ciudad ganó ímpetu y vigor. Se trató de un acontecimiento histórico excepcional, “el nuevo descubrimiento de Brasil”, según la célebre expresión de Sérgio Buarque de Holanda (1983). Acompañando a la familia real, 15 mil portugueses, cuyo contingente representaba, para la época, casi 1/3 de la población total de la ciudad, que era de aproximadamente 50 mil

personas. Hasta 1822, más de 4.000 familias de extranjeros residían en Río de Janeiro. Así, abruptamente, se creaba una nueva demanda por productos y servicios, que intensificaría drásticamente la actividad comercial, impactando hábitos y costumbres de toda especie, incluso los de entretenimiento.

Espacios y prácticas de ocio

Transformaciones como esas trajeron consecuencias para la organización de varios espacios y prácticas de entretenimiento. Según John Barrow, intendente de la misión diplomática inglesa que se dirigía hacia la China comandada por lord Macartney, alrededor de 1792 se notaba una intensificación en los negocios de un “tal señor Phillipe”, propietario de una taberna situada al lado derecho del Largo del Paço, en Río de Janeiro, que también intermediaba contactos entre extranjeros y brasileños para la contratación de cambistas, correctores de mercancías, intérpretes, médicos o hospederos (Barrow, 2000). Lo mismo parece haber ocurrido, a mediados de la década de 1820, con la cabina de Luísa, una joven suiza que vendía bebidas y comidas para los que paseaban por los caminos del Corcovado, también en Río de Janeiro, “frecuentemente recorrido por extranjeros”, según relato de Schlichtorst (2000). También era ese el caso de la venta de Mr. Willis, en Irajá, suburbio del Río de Janeiro, que algunos ingleses, ligados a comercios, eligieron como casa de campo, para pasar el domingo jugando y ejercitándose en otros deportes, “bajo un sol fuerte y bebiendo cerveza para refrescarse”, de acuerdo con Robert Walsh (1985, p. 23). En las inmediaciones del Porto de Estrela, en los caminos que hoy llevan a las ciudades de Petrópolis y Teresópolis, aprovechándose del dinamismo económico promovido por la situación de entropuesto comercial de la región, el alemán Meyer hacía buenos negocios en su venta, donde se comía “un sabroso pescado que se acababa de pescar”, o se bebía “una botella de excelente vino del Puerto”, según Ernest Ebel (1972, pp. 157-158), alemán que estuvo en Río de Janeiro prestando servicio militar en 1824.

A partir de ahí, tendremos registros de establecimientos y espacios de diversión con relativa

reputación, como era el restaurante Wullfing, en referencia al apellido de su propietario, el alemán Friedrich, ubicado en la Rua dos Ourives, en la capital del Imperio. De acuerdo con testimonios de la época, era este el local en que la Emperatriz mandaba buscar sus comidas siempre que venía a la ciudad (Ebel, 1972). Jean Baptiste Debret (1972, pp. 197-198), en el mismo sentido, mencionó que “en 1817 la ciudad de Río de Janeiro ya ofrecía a los gastrónomos recursos bien satisfactorios [...] un cierto número de casas de comestibles, bien abastecidas de masas delicadas, aceites muy finos, embutidos bien conservados y frutas secas de primera calidad”. Se trataba, según él, de panaderías y emporios “florecientes”, “responsables de comidas magníficas”, “banquetes y servicios particulares delicadamente ejecutados”, ubicados “ventajosamente en el centro comercial de la ciudad” y frecuentados especialmente por ingleses, alemanes, italianos y portugueses.

A mediados de la década de 1820, de igual modo, ya se registraban al menos siete hoteles en la ciudad, para no mencionar albergues y pensiones: el O’Briony el Ravot, en la Rua do Ouvidor; el Balger (o Bulcher, de acuerdo con la fuente), en la Rua do Rosário; el L’Empire y el Campbell, en la famosa Rua Direita (actual Avenida Primeiro de Março); y el Du Nordy el Ship, del cual encontré referencias, pero no las ubicaciones precisas (Dias, 2010).

Servicios de transporte también se desarrollaban en razón de la nueva demanda por entretenimiento. Alrededor de 1816, se iniciaba el ofrecimiento de servicios de carros a caballo ligando el Centro con Botafogo, prestigioso local de residencia en el campo, que servía también para baños de mar o para corridas de caballo en la playa (organizadas especialmente por ingleses). En 1819, según relato de Henry Chamberlain (1943, p. 77), militar inglés que estuvo en Brasil entre 1819 y 1820, ya se registraban barcas que hacían a dos vintenes por persona la travesía entre Río de Janeiro y Praia Grande (actual ciudad de Niterói). Además, incluso debido a esa travesía regular, esa playa comenzaba a ser buscada como alternativa de ocio y entretenimiento, transformándose en un “punto de romería de los habitantes europeos de Río cuando querían hacer los domingos alguna

excursión de recreo”, de acuerdo con descripción de Carl Seider (1951, p. 32), aventurero alemán que pasó diez años en Brasil movido por la esperanza de hacer rápida fortuna. El crecimiento de esa región estuvo unido a sus usos lúdicos y recreativos. Debret aventuró explícitamente esa hipótesis al tratar y retratar los paisajes del lugar. Para él

Es a la salubridad de su situación que esta ciudad debe su crecimiento; muchos propietarios de terrenos construyeron en la playa una serie de pequeñas habitaciones, en las cuales se encuentran todas las comodidades deseables para pasar la estación de gran calor y tomar baños de mar. Los convalecientes ahí van para restablecerse, respirando el aire puro que penetra, sin obstáculos, por la entrada de la ensenada. Su mercado es abundantemente abastecido y, además, se tiene a cualquier momento los recursos, variados de las huertas y haciendas. El verde permanente de sus arrabales pintorescos convida a la visita y da un objetivo agradable a los paseos a caballo, recomendados como ejercicio saludable. Los domingos y fiestas las reuniones son muy concurridas; la danza y el baile constituyen el entretenimiento de la noche (Debret, 1972b, p. 146).

Consideraciones finales

Básicamente, transformaciones en las escalas de valores entre partes de las elites brasileñas, en contacto con ideas de las vanguardias de otros países (especialmente Portugal, Francia e Inglaterra), fueron uno de los factores decisivos para el surgimiento de condiciones para la emergencia histórica del ocio desde fines del siglo XVIII. A partir de entonces, sucesivos grupos se empeñaron en diseminar una economía moral que representase el trabajo como un valor y una virtud en sí mismo.

La realización efectiva de tales ideales, sin embargo, de manera más amplia, no ocurriría fácilmente, de acuerdo con lo prescrito y deseado por los miembros de esas elites. A lo largo de los años, numerosas oposiciones y resistencias serían regularmente ofrecidas a estas ambiciones y a estos proyectos de sociedad, no

obstante haberse intensificado crecientemente, a lo largo de todo el siglo XIX, esfuerzos para la imposición de un nuevo orden social, que tenía en el trabajo uno de sus elementos privilegiados, especialmente después que la esclavitud fuera oficialmente abolida (en 1888). En ese contexto, el trabajo libre, asalariado y orientado para y por las leyes de mercado se torna, de manera flagrante, un problema para las elites del país. Las nuevas condiciones de un orden social emergente, original en muchos aspectos, exigían la fijación de valores que revertieran el significado de algunas interdicciones morales al trabajo, típicas de la sociedad esclavizadora. Una nueva sociedad requería un nuevo trabajo, con una nueva disciplina y una nueva mentalidad.

Con esos propósitos, el trabajo es cada vez más visto, aprendido y presentado como un elemento ordenador de la vida en sociedad, directamente relacionado con la “buena moralidad”. El ocio, al mismo tiempo, es crecientemente definido como un “mal” a ser combatido en la sociedad brasileña, excepto cuando es disfrutado de maneras vistas como “adecuadas”. El proyecto de ley para la represión a la ociosidad, de 1888, buscando “reprimir al ocio” y “obligar a la población ociosa al trabajo honesto”, es tal vez uno de los mejores ejemplos de ese proceso. Los trabajadores, sin embargo, continuarían por mucho tiempo organizando sus actividades de manera a veces casi totalmente indiferente a esos esfuerzos de encuadramiento disciplinar. Carboneros, estibadores o carroceros desempeñarían sus funciones constantemente con pausas para el café y para el aguardiente en la taberna, o incluso para jugar dinero. Para esos trabajadores, el periodo de trabajo estaría aún “íntimamente unido a los periodos de entretenimiento en la taberna” (Chalhoub, 2001, p. 102).

Sin embargo, el hecho de que el universo del entretenimiento y las diversiones se desarrolla en Brasil de este modo particular, específico, no significa necesariamente que el ocio no existía. El modo de formación histórica de estas actividades en Brasil simplemente se limitó a seguir un camino y adoptar una forma muy diferente de la de Europa, de acuerdo con las propias particularidades del contexto social brasileño.

Referencias

1. Barrow, J. *Voyage to Conchinchina in the years 1792 and 1793*. (2008). London: T. Cadell and W. Davies, 1806, cap. IV, pp. 72-106. En França, J. M. C. *Visões do Rio de Janeiro Colonial: antologia de textos (1531-1800)*. 3. ed. Rio de Janeiro: José Olympio.
2. Bluteau, R. (1789). *Vocabulário portuguez e latino, aulico, anatomico, architectonico, bellico, botanico, brasilico, comico, critico, dogmatico, etc. autorizado com exemplos dos melhores escriptores portuguezes e latinos, e oferecido a el-rey de Portugal D. João*. Lisboa: Officina de Simão Thaddeo Ferreira.
3. Bosi, A. (1992). *Dialética da colonização*. São Paulo: Companhia das Letras.
4. Burke, P. (1995). The invention of leisure in early modern Europe. En *Past and Present*, 146, 136-150.
5. Carvalho F, M. S. de. (1976). As ideias estão em seu lugar. *Cadernos de Debate*, 1, 61-64.
6. Carvalho, M. P. de. (2008). *Uma ideia ilustrada de cidade: as transformações urbanas no Rio de Janeiro de D. João VI (1808-1821)*. Rio de Janeiro: Odisseia.
7. Couto, J. V. (1848). Memória sobre a capitania das Minas Gerais. *Revista do Instituto Histórico e Geographico Brasileiro*, 11, 289-320.
8. Couto, J. V. (1994). *Memória sobre as minas da capitania de Minas Gerais, seu território, clima e produção metálicas*. Belo Horizonte: Fundação João Pinheiro.
9. Chalhoub, S. (2001). *Trabalho, lar e botequim: o cotidiano dos trabalhadores no Rio de Janeiro da belle époque*. 2. ed. Campinas, SP: UNICAMP.
10. Chamberlain, H. (1943). *Vistas e costumes da cidade e arredores do Rio de Janeiro em 1819-1820*. Rio de Janeiro: Kosmos Erich Eichner & CIA.
11. Debret, J. B. (1972a). *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil*. Tomo 2, v. 3. São Paulo: Martins / EDUSP.
12. Debret, J. B. (1972b). *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil*. Tomo 1, v. 2. São Paulo: Martins / EDUSP.
13. Del Priore, M. (2000). *Festas e utopias no Brasil colonial*. São Paulo: Brasiliense.
14. Dias, C. (2009). Teorias do lazer e modernidade: problemas e definições. *Licere*, 12, (2).
15. Dias, C. (2010). *História do lazer na natureza no Rio de Janeiro entre 1779 e 1838: um estudo de caso*. Universidade Estadual de Campinas, Tese de Doutorado, Campinas.
16. Dumazedier, J. (1999). *Sociologia empírica do lazer*. São Paulo: Perspectiva; SESC.
17. Ebel, E. (1972). *O Rio de Janeiro e seus arredores em 1824*. São Paulo: Editora Nacional.
18. Flexor, M. H. O. (2007). Preguiça colonial. *Revista de História da Biblioteca Nacional*, 17.
19. Freyre, G. (2000). *Ingleses no Brasil*. 3. ed. Rio de Janeiro: Topbooks.
20. Goody, J. (2008). *O roubo da história: como os europeus se apropriaram das idéias e invenções do Oriente*. São Paulo: Contexto.
21. Harwick, J. (2008). Sex and the (seventeenth-century) city: a research note towards a long history of leisure. *Leisure Studies*, 27, (4), 459-466.
22. Holanda, S. B. de. (1983). A herança colonial – sua desagregação. En Holanda, S. B. de (Org.). *História geral da civilização brasileira*, 1.
23. Holmes, S. (2000). *The journal of Mr. Samuel Holmes*. En França, J.M.C. *Outras visões do Rio de Janeiro Colonial: antologia de textos (1582-1808)*. Rio de Janeiro: José Olympio.
24. Lisboa, B. da S. (1786). *Discurso histórico, político e econômico dos progressos e estado atual da filosofia natural portuguesa, acompanhada de algumas reflexões sobre o Estado do Brasil*. Lisboa.
25. Marfany, J. L. (1997). Debate: The invention of leisure in early modern Europe. *Past and Present*, 156.
26. Melo, V. (2010). *Esporte e lazer: conceitos*. Rio de Janeiro: Apicuri.
27. Perez, L. (2009). Do lazer à festa: em questão o solo epistêmico da modernidade ocidental. *Licere*, 12(2), 1-15.
28. Schlichthorst, C. (2000). *O Rio de Janeiro como é (1824-1826): uma vez e nunca mais*. Brasília: Senado Federal.
29. Schwarcz, L; Botelho, A. (2011). Pensamento social brasileiro, um campo vasto ganhando forma. *Lua Nova*, 82, 11-16.
30. Seider, C. (1951). *Dez anos no Brasil*. São Paulo: Martins.
31. Souza, A. M. de. (2000). *Viagens e observações de um brasileiro*. Salvador: Instituto Geográfico e Histórico da Bahia.
32. Tavoraro, S. (2005). Existe uma modernidade brasileira? Reflexões em torno de um dilema sociológico brasileiro. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 20 (59), 5-22.
33. Vasconcellos de Souza, L. de. (1860). Relatório do vice-rei do estado do Brasil Luiz de Vasconcellos ao entregar o governo ao seu sucessor o conde de Resende. *Revista do Instituto Histórico e Geographico Brasileiro*, Rio de Janeiro, tomo XXIII.

34. Vasconcelos, A. L. de B. A. (1931). Memórias sobre o estabelecimento do Império do Brasil ou novo Império Lusitano. Salvador, s/d. En *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, 43-44, 1-49.
35. Walsh, R. (1985). *Notícias do Brasil (1828-1829)*. Belo Horizonte / São Paulo: Ed. Itatiaia / Ed. da Universidade de São Paulo, 2v.
36. Wolf, E. R. (2009). *A Europa e os povos sem história*. São Paulo: EDUSP.